

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 108

Administración: Cristóbal Bordá, 1, Madrid

15 Diciembre 1902

El comunismo como forma de la sociedad futura

I

La propiedad, la familia y la religión, caracterizan la vida social de los hombres en todos los países de civilización moderna. En realidad, el primer factor es el que domina, estando siempre subordinados a él los otros dos. La propiedad de las fuerzas productoras de la sociedad, es decir, la propiedad de los medios de existencia del género humano, decide al fin la estructura de la sociedad.

Debido a ello, hemos visto, y vemos, durante un largo período de tiempo, a la propiedad de los medios de producción—y por consecuencia la de los mismos productos—permanecer en manos de una pequeña minoría, y la gran masa de la población depender de esa minoría, continuando en la servidumbre, aunque sea bajo la forma del asalariado moderno.

Para justificar la propiedad privada, no puede invocarse el *derecho divino*, ni el *derecho natural*.

El instinto de conservación, la voluntad de vivir, común a todos los seres, ha tenido por consecuencia inevitable la toma de posesión de las fuerzas naturales, de los medios de producción: suelo é instrumentos de trabajo. He ahí el origen de la propiedad privada, aunque de ninguna manera su justificación.

Si, por una parte, la voluntad de vivir es el solo derecho que puede invocar el individuo para acaparar las riquezas naturales, es preciso objetar, por otra, que ese derecho no será considerado más que como un derecho que se ha tomado él, y que tendrá tanto valor como tenga fuerza para conservarlo, de ninguna manera como un derecho que *á priori* deban respetar sus semejantes.

Hasta puede suceder que la acción del individuo que quiera vivir se oponga á nuestros sentimientos más desarrollados y que nosotros no queramos tolerarla.

Si el salvaje no se contenta con tomar los frutos del terreno que está en torno suyo, sino que se apodera del de sus semejantes para alimentarse, nosotros, hombres modernos, no queremos con seguridad respetar aquella manifestación especial de derecho á la vida.

El respeto al derecho de vivir, tal como existe generalmente, no es más que un fenómeno existente, el resultado de una clase de contrato instintivo. En cuanto á los productos de su propio trabajo que el hombre pueda acaparar para él solo, no es otra cosa que el anhelo irresistible de vivir. Estos resultados los adquiere siempre con ayuda de varios productos naturales no creados por él. Continuamente, como productor, toma varios materiales á la naturaleza, que le devolverá, es cierto, bajo una ú otra forma, puesto que nada se pierde en el universo; pero, al tomar esos materiales, impide que otros seres vivientes puedan servirse de ellos también.

El que ha tomado posesión de cualquier parte de la tierra, aunque haya sido el primero en ir á la región donde se encuentra, siempre priva á otras personas la ocasión de escoger el mismo terreno.

El derecho de propiedad, reducido á su más simple expresión, resulta siempre un derecho de acaparamiento, un derecho del más fuerte, derecho basado solamente en el gran principio *de la voluntad de vivir*.

Todo otro derecho sobre el cual se quiera asentar la propiedad, no existe más que para el individuo enfrente de sus semejantes, ya que no existe un derecho especial sobre las fuerzas naturales para el género humano enfrente de los demás seres vivientes. (1)

Según esto, si nosotros consideramos el derecho de vivir y conservarse como el único derecho que el hombre puede reclamar, lo mismo que todo otro ser viviente, ese derecho no valdrá solamente para cada hombre en particular y sin excepción, sino también para el género humano como colectividad.

Debemos hacer notar que escogemos siempre la palabra derecho, en defecto de otras, como la traducción de una especie de fuerza material.

En el instante que la propiedad privada cesase de ser la forma de propiedad que garantizase el mayor bienestar para el género humano en general (hablamos en los términos actuales), en la raza, como á raza, estará condenado su derecho de existencia hasta que tuviera su razón de ser. Bien que la desaparición de esa forma de propiedad no podría ser más que una cuestión de tiempo.

En una cierta época, la propiedad colectiva en sus formas principales—en primer lugar como propiedad del suelo—fué también necesaria y por lo tanto tan inevitable para las tribus nómadas de pastores, cazadores, pescadores, como lo fué más tarde la propiedad privada para una tribu de labradores que se instalaba de una manera fija en una región por ellos escogida.

Cuando en los primeros siglos de labranza el agricultor había, por su propio trabajo, cultivado un pedazo de tierra, fué muy natural lo considerase como su propiedad personal. Comenzó á hablar de *su tierra* como hablaba de *su caballo* y de *su arado*. Lo mismo que de *sus hijos* y hasta de *su mujer*. Si fué natural, pues, que esas pretensiones viniesen á ser el principio dominante, el principio del *derecho general*, para continuar así este principio mientras satisficiera las condiciones vitales en las que vivía la masa de los hombres por contrato ó por consentimiento, es igualmente comprensible que esos principios de derecho general, combatidos desde su nacimiento por los desheredados, no pueden los revolucionarios mantenerse en ellos, puesto que la mayoría de los hombres no está ya interesada en la existencia de la propiedad privada como base de su vida social. Para ello sería preciso que el pueblo *sintiera* que su mayor bienestar está verdaderamente bajo la dependencia de la forma privada de propiedad, y el pueblo no lo siente.

Siendo una institución humana, la propiedad privada no puede ser un *derecho*, ya que los que están interesados en su conservación necesitan la *fuerza* para mantenerla.

(1) Insistimos tanto sobre este punto, precisamente porque varias escuelas filosóficas, como las teológicas cristianas, pretenden que el género humano está destinado á dominar sobre todas las otras especies. Sin embargo, podemos ver en Enrique Heine, el poeta alemán, que cuando deja su héroe, el oso, *Alta Troll*, estalla su cólera contra toda esa raza humana: «pueblo de hombres, serpientes bípedas» que, creyéndose superiores á los demás animales, se cubren con la lana de los otros, esa raza humana contra la cual pide la ayuda de todos los seres vivientes, ó cuando Jonathan Swift, el escritor satírico inglés, nos transporta al país de los *Honykánánims*, donde los caballos son los seres civilizados, mientras que los demás animales, incluso el hombre, se encuentran en los establos, deduciendo del fondo de semejantes fantasmas poéticas, nuevas quejas sociales que se levantan contra nuestra civilización humana.

Para el desenvolvimiento de los abusos que provienen de la propiedad privada me atengo particularmente á las obras de Fourier.

Carlos Fourier, en su *Teoría de la Unidad*, ha especificado con rasgos característicos todos los inconvenientes que causa á los hombres en su vida laboriosa la propiedad privada y dividida. Bajo la forma actual de civilización, como él justamente hace notar, debemos someternos á toda clase de incomodidades; allí donde la miseria no produce males, es la ignorancia quien ejerce su influencia. Dice Fourier en la Introducción del tomo III de sus *Obras completas*:

«El uno pone como pradera tal cuesta que la naturaleza destina á la viña; el otro coloca trigo allí donde convendría forraje; aquél, para evitar la compra de candelal, desmonta un declive empinado que los aguaceros descarnarán el año siguiente; el de más allá, para evitar la compra de vino, planta viñas en una llanura húmeda. Las trescientas familias (presentadas como ejemplo por Fourier), pierden el tiempo y el dinero pleiteando por los límites de los cercados ó por raterías insignificantes; todas rehusan los trabajos de utilidad común que pudieran servir á vecinos detestados; cada uno devasta á porfía los bosques y opone en todas partes el interés particular al bien público.»

Los 7/8 de leña que se consume con el sistema actual, de la manera como lo creía Fourier en su época, podrían economizarse con el uso de cocinas comunes y de provisión de leña, si quisieran los hombres entenderse en lugar de aplicar el modo incoherente y dividido que reina en nuestras familias.

Se podría tener un solo y vasto granero bien cuidado, en lugar de trescientos, expuestos á las ratas y á los gorgojos, á la humedad y al incendio. En los pueblos donde la población se dedica al cultivo de la viña, bastaría una sola bodega bien provista en lugar de trescientas llenas de pipas viejas y administradas por gente ignorante.

Las cien lecheras que pierden diariamente la mañana yendo á la ciudad, serían reemplazadas por un carrito que conduciría un tonel de leche. Los cien labradores que con cien carretas ó borriquillos van al mercado y pierden cien jornales en la plaza y en las tabernas, serían reemplazados por tres ó cuatro carromatos que dos hombres bastarían para conducir y servir. En lugar de trescientas cocinas que exigen trescientos hornillos y distraen trescientos hogares, una población de trescientas familias podría tener una sola (1).

No es nuestra intención defender cada uno de los medios de ahorro citados aquí como ejemplo por Carlos Fourier.

Se puede objetar que el ahorro de leña ó carbón en la cocina colectiva no indemnizaría la falta de libertad personal y la imposibilidad de seguir sus propias vías á aquellos que en su pequeña cocina pudieran servirse de un simple hornillo de gas.

Pero nosotros afirmamos, con Fourier, la gran verdad de que, si la vida diaria es tan triste actualmente por la masa del género humano, lo es porque los hombres no saben arreglarse en medio de todas las riquezas que la Naturaleza nos procura y procurará en el porvenir en mayor cantidad aún.

Todas las teorías, aun conteniendo los mejoramientos más grandes que los hombres *pudiesen* creer, las modificaciones más estimables que ellos *pudiesen* introducir en su manera de vivir, no tendrían ningún valor, si los hombres no tuvieran el deseo de ponerlas en práctica.

Hemos de tener en cuenta el hecho incontestable de que, tanto en el campo como

(1) *Obras completas*, por Carlos Fourier.

en las grandes ciudades, la población no sólo se inclina hacia un modo de producción más comunista y por consiguiente más eficaz que la producción del pasado, sino también por toda clase de goces comunes que hacen más intensiva la felicidad humana.

Déjese á nuestra gran familia humana libre en sus acciones, de manera que pueda seguir sus propias inclinaciones sin estar cohibida por medidas legislativas, y aquella vida social, caracterizada por la palabra «comunista», se manifestará verdaderamente con formas cada día nuevas.

En las grandes capitales como París, Londres, Nueva York, se aplica en el presente en varias casas habitadas por muchas familias diversos principios del género de los que Fourier ha citado para su ciudad del sexto período, su *Ciudad Nueva*, la del período de transición:

«Por ejemplo—nos dice Fourier,—si el edificio reúne cien familias no necesitarán las veinte bombas que exigirían veinte casas que alojaran cinco cada una.» Los ciudadanos modernos se proveen de agua con mucho menos de veinte bombas por cada cien familias.

Los acueductos han hecho posible la conducción de agua en cantidades suficientes para las necesidades comunales de toda la población de una ciudad y esto no solamente en las grandes capitales, sino también en casi todas las villas de alguna importancia. En las grandes casas habitadas por muchas familias tienen ya en común la luz, el gas necesario á la cocina, y á veces hasta la provisión de leña para todo el año. Las casas de Londres tienen con frecuencia coladero común.

Si el sistema comunista de producción y de consumo no está más extendido, débese sobre todo á la propiedad privada que impide su extensión. Entretanto fijémonos en los hechos siguientes. Actualmente los hombres poseen ya en común las calles, caminos y carreteras; los canales sirven tanto para el transporte de sus mercaderías como para sus propios traslados. Los hombres pueden lo mismo colocar sus mercaderías en la plaza común; admirar en los museos, igualmente comunes, los objetos de arte, pertenecientes á la comunidad, que divertirse paseando en los parques y jardines, comunes también; los hombres envían sus hijos á la escuela comunal; los adeptos de cualquier religión se reúnen en la iglesia común y entierran sus muertos en un cementerio común, etc., etc.

Todo esto nos prueba que en las masas se manifiesta cada día más el deseo de producir y de regocijarse en común, y que lo que no es una cuestión de partidos políticos, todos sin excepción tienen en cuenta el empuje popular.

Tenemos, pues, derecho á predecir que los hombres, sus hijos y sus nietos tendrán en el porvenir sus fábricas y sus talleres también en común, con sus herramientas y todo lo necesario; que ellos verán los medios de transporte y de comunicación (ferrocarriles, barcos, etc.) igualmente comunes y libres para todos los hombres, como las calles y los caminos y carreteras lo son hoy, y que se cambiarán en propiedad común los almacenes y graneros, llenos de las riquezas de la gran comunidad humana.

Así en el porvenir, á lo que parece, los hombres vivirán más en común, á pesar de la gran variedad de gustos y de preferencias que existirá siempre, sea por la vida solitaria ó familiar, sea por la sociable. Sobre este terreno, la libertad de desenvolverse dejará existir diferentes formas de la vida social ó sexual las unas al lado de las otras.

Cada paso hacia una producción más comunista con los goces igualmente más en común, vendrá al mismo tiempo un progreso hacia una civilización más desarrollada de la humanidad.

Para la clase obrera, para esas inmensas masas de proletarios esclavos, esto significa-

rá la obtención de un bienestar material y moral siempre creciente. Las masas podrán desarrollar todas sus facultades físicas é intelectuales bajo un régimen de producción y de goce común, mientras que bajo el régimen actual de propiedad privada y de goce personal sólo obtienen sus bienandanzas los más aptos, es decir, lo que esto significa en la sociedad capitalista, los más astutos, los más sagaces y los más egoístas de nuestra raza humana.

Para las masas trabajadoras la realización del comunismo en sus principios fundamentales es una cuestión de existencia. La emancipación de la clase obrera significa al mismo tiempo la aplicación de los principios de producción y de goce comunistas.

De la lucha de todos contra todos, de esa lucha de competencia sin piedad, en la cual vivimos actualmente, veremos surgir dentro de poco conflictos verdaderamente serios y de carácter general.

No habrá para los pueblos un período de reposo estable y de prosperidad general, más que cuando la sociedad esté basada sobre la propiedad colectiva de todas las fuerzas productoras, y esto internacionalmente, al menos en los países modernos cuya forma de civilización domina nuestra época histórica.

Y en la corriente de los siglos la vida social, una vez coordinada, se modificará en los diversos países, según las influencias del clima, de la raza, etc., desarrollándose siempre hacia ese orden comunista caracterizado por el más grande y más justo ideal de bienestar.

CRISTIAN CORNELISSEN

(Traducción de Soledad Gustavo.)

El Arte dramático en España

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA: ALMA TRIUNFANTE, *drama en tres actos, escrito en prosa por Jacinto Benavente.*

Isabel, esposa de Andrés, sufre una operación quirúrgica, á los pocos meses de habersele muerto su única hija. La operación imposibilita á Isabel para volver á ser madre y la muerte de la hija amada le causa una grave enfermedad que concluye en un manicomio. Andrés, entretanto, contrae relaciones con Emilia, y fruto de ellas es Carmencita. A los cinco años de estar recluida Isabel, recobra la razón y vuelve á su casa. Entonces, Andrés se encuentra con una esposa legítima, incapaz para ser madre y con una querida que lo es. Esta situación produce el drama.

En su desarrollo intervienen, además de los dos esposos y de la querida, los padres de Isabel, el confesor de la familia, el médico del manicomio y una criada. El espíritu de los personajes, excepto el del médico, es místico y apocado; el ambiente, triste y frío. En la lucha entre la ciencia y la fe, que representan el cura y el médico, disputándose la curación de Isabel, el autor muestra sus preferencias por la fe.

Expuestos estos antecedentes, intentaré hacer la crítica de *Alma triunfante*, y siguiendo el método adoptado por Benavente al escribir su obra, hablaré sin plan alguno, exponiendo las ideas y las situaciones así que vayan apareciendo en mi mente: después veremos qué habrá salido.

Las principales ideas ó impresiones que la obra de Benavente ha dejado en mi ánimo

mo, son que el primer acto ha sido escrito sin saber lo que sería el segundo, y el segundo sin haber pensado qué contendría el tercero. Como consecuencia inmediata de esta manera de escribir *Alma triunfante*, Andrés se presenta con una personalidad distinta en cada acto.

Muchas de las palabras y de las escenas de la obra están en oposición con el espíritu místico y deprimente de la obra misma.

Al espectador, así que va adelantando la representación de *Alma triunfante*, se le presentan varias soluciones que hacen oscilar su espíritu. Este fenómeno psíquico no es más que un reflejo de la incertidumbre que dominaba á Benavente al escribir *Alma triunfante*. El autor vió en cada acto un Andrés, una Isabel y una solución diferente, y hasta las últimas escenas no se decide por un final que no era el preferido. De esta suerte, el drama sigue varias direcciones y unido á estas diferentes direcciones va el ánimo y el carácter de los principales personajes de la obra.

Demostraré mis asertos sin orden de relación, imitando la concepción del drama que me ocupa.

El segundo acto termina al principio de una confesión. Se confiesa Isabel contando al padre Víctor lo que ha visto, oído y comprendido en su casa desde que salió del manicomio. Andrés, su esposo, tiene una hija con otra mujer; Isabel ni puede volver á ser madre ni podrá ser feliz, dada la situación de Andrés; en casa todo el mundo la mira con prevención, se la espía; una genialidad es un síntoma de mal agüero. Nada mejor, pues, que volver al manicomio; allí hay flores, libertad y risas. Me haré la loca, padre, y seré encerrada de nuevo en el manicomio. He aquí sintetizada la confesión.

Es indudable que Benavente pensó terminar su drama de esta suerte; el alma triunfante sacrificaba su razón á la dicha ajena.

De otro modo no se comprendería que el padre Víctor aceptase, con la condición de que había de hacerlo confesionalmente, los graves secretos que quería confiarle Isabel, sin duda alguna para no verse obligado á revelarlos jamás. La lógica, pues, de este hecho indujo á sospechar á todos los espectadores que Isabel volvería al manicomio fingiendo haber perdido la razón otra vez. Mas al coger la pluma para escribir el tercer acto, Benavente cambió de opinión, y en lugar de sacrificar la razón de Isabel, sacrifica sus pasiones, su orgullo de mujer, sus celos, en bien de la hija de Andrés y de su querida, que ningún mal han cometido. Esta solución es más humana, más dulce, más consoladora; pero en los términos adoptados choca abiertamente con el espíritu místico de la obra, porque compromete el prestigio de la religión católica y presenta á Isabel rebelde á los consejos del confesor. Para que el sacerdote presida aquel final y hasta que lo aconseje, es menester que perdone el pecado de Emilia, la querida de Andrés, sin que al perdón preceda ó siga el arrepentimiento, puesto que Emilia nada sabe de lo que ocurre en casa de su amante; y es menester, además, que se ampare el fruto del pecado, no ya en el seno de su madre, sino ante los ojos de la mujer ofendida.

Los mandamientos de la Iglesia católica están en pugna con este resultado del drama, y, por consiguiente, si puede admitirlo un cura concebido por Benavente, nunca lo admitirán los curas que produce la Iglesia romana. Por otra parte, el padre Víctor se opone á que Isabel vuelva al manicomio fingiendo haber perdido la razón de nuevo; sin embargo, Isabel, de espíritu cristiano, místico, de espíritu timorato, no hace caso de los consejos que le da el cura *en confesión* y finge estar loca. Si al final cambia de parecer Isabel, es obedeciendo al autor del drama, que modifica el suyo inesperadamente haciendo triunfar el alma de la preocupación del mundo y de la moral cristiana. Y hay que

hacer notar que, no obstante el espíritu sombrío y cristiano de la obra, el cambio de opinión en Isabel no lo provoca el padre Víctor, que predicó en vano para hacerla desistir de que acabase sus días en el manicomio, sino el propio corazón de Isabel, que se enternece cuando menos motivos tiene para ello, cuando su marido le promete que en su bien sacrificará la amante y la hija. Entonces perdona Isabel y ofrece las muñecas que eran de su hija á la de la querida de Andrés. Como se ve, el espíritu cristiano está aquí postergado por completo. Este mismo final, tan sano y lleno de luz, forma contraste con la penumbra de la obra, con los espíritus apocados y tristes que la componen, y queda obscurecido por ellos.

*
**

Andrés, unas veces obra como un vencido, como un enfermo, como un cobarde, y otras como un hombre fuerte, con todos los atributos naturales. Obra como un hombre cuando, viendo á su esposa en el manicomio, de donde no sabe si saldrá jamás y si sale saldrá impotente para ser madre, busca en otra mujer las necesidades y los amores de la paternidad, sin que deje de querer por eso á la enferma; y obra como un degenerado cuando promete á su esposa, con ánimo de cumplirlo, que abandonará su hija á los azares del mundo.

Eso no lo hace ni lo dice ningún hombre que haya tenido naturaleza bastante para ser padre, y si alguno lo dijera, sería á la querida refiriéndose á la esposa, no á la esposa refiriéndose á la querida. Los motivos *morales* y *físicos* que para ello tiene el hombre no son para discutirlos aquí.

Todo lo cual demuestra que Andrés tiene varios caracteres y varias naturalezas, obedeciendo á las diferentes impresiones y á los diferentes propósitos que tuvo el que le dió el ser.

Yo bien sé que estos defectos, defectos en mi sentir, pues creo que un hombre sano psicológicamente no deja de serlo de la noche á la mañana, pueden borrarse en nombre del arte y de la libertad del artista y hasta con el socorrido estribillo de que la vida es una contradicción continua y que por ser una contradicción continua la vida, lo son las impresiones y las ideas del artista; pero también sé que estas razones son propias de los artistas que carecen de fuerzas para producir algo sólido, entero y definido, siéndoles más cómodo dejarse llevar de las impresiones que van recibiendo que la concepción pensada y madurada. Porque eso de los caracteres sostenidos y claramente delineados no es verdad ni mentira. Sostienen los caracteres y los delinean con claridad los artistas de carácter claro y entero. Los demás no, porque no sienten lo definido ni lo claro. Como en la vida real hay quien es siempre el mismo y quien varía continuamente (entre los intelectuales éstos abundan más que aquéllos), todos los artistas pueden representar la vida y en realidad la representan, porque no hacen más que retratar su propio modo de ser y de sentir.

*
**

Estados mentales como el de Andrés, caracteres que invocan siempre á Dios, voluntades taciturnas, melancólicas, ánimos apocados, á nadie cuentan sus deslices, á duras penas los cuentan al confesor, porque ni son religiosos sinceros siquiera. No obstante, Andrés se lo cuenta á los padres de su esposa, hasta al médico del manicomio que nada le importa que Andrés sea ó no padre con mujer que no es la legítima. En un carácter franco, expansivo, alegre y risueño, se explicaría aquella llaneza, pero no puede explicarse en un individuo de las condiciones de Andrés. Además, con un hombre llano y

expansivo, que cuente á todo el mundo su vida y milagros, no hay drama, porque tal expansión supone un estado psicológico incapaz, no ya de anonadarse por falta tan disculpable, sino de ocultarla á su mujer.

Es preciso tener en cuenta la situación de Andrés. Su suegro mismo, justificándole el tropiezo, dice que no es casado, soltero ni viudo. Lo humano es lo que hizo Andrés, mucho más cuando, aunque recobrase la razón Isabel, no podría recobrar las condiciones necesarias para ser madre. De consiguiente, un hombre en aquella situación dice la verdad, y con la verdad no hay drama.

Tampoco lo hubiera habido si Andrés, conforme se lo exigía su moral, su espíritu, su psicología, ocultaba á todo el mundo la falta que había cometido. Para que hubiese drama fué preciso que Andrés, contra su modo de ser, contase la dicha que embargaba su alma á quien nada le importaba; y hubo de obrar así Andrés porque al autor le convenía que Isabel se enterase de todo, al objeto de que surgiera el conflicto.

Fué preciso, además, para que hubiese drama, que los actos posteriores de Andrés y sus relaciones con Isabel, no correspondiesen á la franqueza usada hasta entonces.

*
*
*

En la vida los dramas se producen por debilidad y por fortaleza de espíritu. Los débiles de espíritu reciben resignados y pasivos todas las desgracias y todos los contratiempos sin energía para afrontarlos ni resolverlos lógicamente, valientemente, dándoles la cara; y es sabido que muchos conflictos se producen por un amontonamiento de pequeñas dificultades que, vencidas al momento, así que se presentan no pueden desasosegar á nadie, pero que viéndolas amontonarse con indolencia y espíritu apocado, crean la catástrofe.

Contrariamente, hay caracteres fuertes que promueven dramas con su actividad, su vida, su valor, su franqueza, sus amores. En este último caso el drama se produce únicamente entre las personas que rodean al hombre fuerte, porque éste en su interior lo resuelve en seguida, dado caso que llegue á plantearse.

Es decir, el hombre fuerte echa el drama fuera de su espíritu, manteniéndose sólo en aquellas personas débiles que no han sabido vencer el dolor, que no han sabido vencerlo por debilidad orgánica y mental.

En los espíritus mortecinos, pasivos, el drama se forma en el alma gradualmente acumulándose dificultades por falta de resolución para ir venciendo. Así, pues, hay dramas reflejos: los que van del sér fuerte al sér débil. Y dramas directos: los que se forman en el alma misma del sér débil. El drama, de consiguiente, denota siempre ánimos débiles.

Si juzgamos ahora ambos estados psíquicos orgánicamente, materialmente nos encontraremos que este espíritu que acumula conflicto tras conflicto por cobardía, por pasividad, corresponde á un cuerpo que ha de guardar cama á consecuencia de un divieso inofensivo, que convierte en llaga un rasguño y en amputación del brazo un cardenal. Se acumulan también en el cuerpo conflicto tras conflicto hasta llegar á la catástrofe final como en el espíritu. Así vemos al de Andrés, que es el de Benavente, anonadarse, aturdirse por la cosa más sencilla del mundo, sin que la mayoría de los espectadores lleguen á comprender el dolor de que están poseídos los espíritus débiles creados por el autor.

Un hombre, uno de esos hombres de espíritu fuerte que sufren y arrostran todas las situaciones y las vencen, por difíciles que sean, en un abrir y cerrar de ojos, se corta un

dedo y no interrumpe sus habituales tareas; va á ver *Alma triunfante* y se encuentra con seis muñecos que lloran á lágrima viva, que gimen continuamente sin comprender por qué lloran ni por qué gimen. Lo primero que se le ocurre á ese hombre es sentirse Andrés, subir á las tablas y decir: «¡Ea, basta de lloriqueo! No te apenes, Isabel, que no ha de faltarte cariño, besos ni flores. Y tú, Emilia, soy padre de tu hija, ¿lo oyes? soy padre de tu hija y no ha de faltarnos mi apoyo.» Y se acabó el llanto. Satisfecha la conciencia, convencida de que ha obrado bien, la tristeza es una enfermedad más fácil de curar que las otras, porque se cura con la sola presencia de un ánimo fuerte y una cara alegre.

¿Que á pesar de todo las mujeres continúan llorando y gimiendo por algunos días? Lo siente el hombre y procura que cese tal estado, pero para él el conflicto está resuelto. Así obran los hombres fuertes y sanos, aquellos que se cortan un dedo y continúan en su tarea como si tal cosa y que convierten en pequeña contrariedad los más grandes conflictos morales.

Pero Benavente no es así; el espíritu de Benavente es débil y triste, y su materia enferma si se la pincha con un alfiler. Por eso todas sus obras son amargas, grises; sin calor ni risas, ó con risas amargas. Sus chistes son como el látigo: secos. El espíritu y la materia se corresponden. De ahí por qué tienen razón los que dicen que el arte es orgánico. Andrés, que se apura, entristece y llora al menor conflicto, puede morir de un chichón, porque la gangrena está á la vuelta.

Yo quisiera encontrarme por el mundo con personas como las creadas por Benavente, para soplarlas el alma y disolver en ellas las ideas amargas y tristes que encierran sus cráneos. Si por la importancia y el atraso del mal no pudiese hacer surgir la vida, las enviaría un año al monte para que tomaran baños de sol, de aire y de agua. La risa acudiría con la salud. Entonces muchos de los tiquis miquis que ahora toman caracteres de drama en la vida social y en la mente de los artistas, serían meros pasatiempos.

* * *

La construcción de *Alma triunfante*, superior, quizá es la más ajustada á la realidad de cuantos dramas se han escrito hasta ahora en lengua española. Ni cartas, ni visitas, ni monólogos, ni sorpresas, ni aquello de presentarse en las tablas los personajes cuando alguien les nombra. Todas las escenas se desarrollan sin esfuerzo ni violencia, con naturalidad.

* * *

La obra obtuvo una excelente interpretación; pues aunque los actores se oían poco, no daba más de sí la índole de los personajes ni el carácter del drama. Aquello tenía que decirse quedo, muy quedo, porque salía de un cuerpo y de un espíritu débiles, muy débiles, tanto, que sin esta debilidad no hubiera sido posible el drama. La falta, pues, no fué de los actores; nace de la esencia misma de *Alma triunfante*.

EN EL TEATRO ESPAÑOL: *LA MUSA*, idilio en prosa, dividido en tres actos, escrito por Salvador Rueda.

Imposible escribir nada más sencillo é infantil para el teatro y á la vez nada más poético. No hay argumento, carece de asunto; unas cuantas escenas campestres y un alma femenina enamorada en exceso, del ritmo y de la armonía que exhibe la naturaleza, constituyen el idilio.

Dos jóvenes españoles educados en París y escépticos en achaques mujeriegos, pasan unos cuantos días de otoño á orillas del mar andaluz. Juran estos jóvenes, sin que el público adivine por qué, no devanarse los sesos ni enemistarse por las mujeres, y el dueño de la finca, que conoce el juramento, se propone hacérselo quebrantar. Al efecto invita á pasar unos cuantos días en su finca á María, joven bellísima y en extremo adoradora de la hermosa naturaleza, y ésta, enterada del secreto, logra convertir á los jóvenes en esclavos de sus caprichos, lo que no es maravilla, porque se trata de una hermosura sin igual y de un ingenio perspicaz, que si abusa del cariño que inspira á los hombres, lo hace con mucha delicadeza y talento. Pues unas cuantas escenas dedicadas al fin que se propone María, sencillas, poéticas, nimias, casi pastoriles, constituyen el idilio.

Imposible es contar qué escena es más bonita, lo son todas; pero aquella en que las codornices, colocadas en los alambres del telégrafo, componen varias notas musicales que interpreta María en el piano, es de lo más delicado, poético y tierno que se ha escrito para el teatro. La naturaleza dándonos idea de la armonía musical, se había visto algunas veces; pero no se la había visto componer melodías.

Lo maravilloso fué que un asunto exclusivamente poético, sin pasiones ni odios ni enredos, ganara tan por entero el corazón del público. Esto es difícilísimo, dada la indole de la producción teatral de Rueda, y esto es lo que logró con facilidad suma, con facilidad pocas veces igualada, el autor de *La Musa*.

Yo pensaba aprovechar este estreno para decir cuatro palabras al Sr. Rueda, contestando las que este señor me dirige en su carta del número pasado, mas no hallo manera de hacerlo sin violentar la razón de la presente revista teatral, aun estimando desatinada la tesis artística que sustenta el autor de *La Musa* en aquel escrito.

Una composición artística que sólo contenga elementos artísticos, jamás satisfará por completo las almas. La obra será bella, entretenida, agradable, bonita; pero no pasará de ahí. Es menester que contenga elemento vital para que interese hondamente. La misma María de *La Musa*, interesa á los jóvenes más por ser hermosa que no por su alma de artista. La belleza vital sirve para abrir corazones á la poesía de la naturaleza; sin la pasión que inspira la joven, la poesía pasaría por completo inadvertida. La poesía por sí sola, aun presentándola plásticamente, vivida, nos hace pasar un rato agradable; pero el arte es tanto más interesante, cuanto más cosas nos dice, cuanto más sentidos abarca, cuanto más emociona, cuanto más sensaciones despierta.

La Musa nos da una idea infantil de la poesía que hay en la Naturaleza; sentimos la brisa del mar, el olor del tomillo y de la tierra recién labrada, apreciamos el ritmo del aire y el del balanceo del arbolado...

Todo esto está muy bien, es muy bonito; pero aquella misma poesía necesita de la belleza de una mujer, esto es, de la pasión, de la vida, para que excite, hiera y afine nuestros sentidos.

Es más: con otra María, sin aquella María del Teatro Español, que parece la Virgen del mar, que seduce y encanta por ser mujer y no por ser musa, es seguro que la poesía de *La Musa* no tendría la virtud de eutretenernos agradablemente ó tendría una virtud menos activa y eficaz.

De suerte que el elemento puramente poético nos hace pasar un rato en el limbo, pero para interesarnos necesita que nos dé golpecitos al corazón con algún instrumento vital, y si el Sr. Rueda hubiese hecho una María algo más mujer, que hablase menos de ritmo y más de las cosas humanas, el espectador se lo hubiera agradecido, porque así

como la vida es superior á la poesía, para el hombre, para todo hombre, las Marías son también superiores á las musas.

* *

El autor dramático no fué tan afortunado como el poeta. Algún diálogo peca de largo, y más de un personaje aparece en escena sin que se le necesite para nada.

No se explica el odio que por las mujeres sienten Carlos y Arturo, y en el teatro, para ganar la conciencia del público inteligente, hay que justificarlo todo. Sin esta condición, el elemento ó el motivo de la obra resulta falso.

Es preciso desterrar del teatro la razón que obliga al autor á enterar al público de cosas que han de ignorar las personas que están en escena. Lo que oye el espectador, lo oye también el personaje representado, y es impropio del arte naturalista y de los medios que hoy cuenta el autor para evitarlo, que aquél se haga el desentendido en asuntos que le interesan y oye contar lo suficientemente fuerte para que se entere. Los pensamientos, que no pueden traducirse en palabras, porque no deben conocerlos las personas con quienes estamos reunidas, no han de expresarse hablando, aunque sea aparte. Es preciso buscar medios más artísticos y más humanos para poner en el secreto á los espectadores. Lo mismo digo del monólogo; las personas en la vida no hablan á voces cuando se cuentan cosas á sí mismas.

Claro que estos defectos no son propios ni exclusivos de Rueda, son propios de todos los autores españoles; sin embargo, Benavente se ha curado de ellos. Benavente es hoy el autor español que en construcción, en estructura dramática más imita la realidad.

El final de *La Musa* es un desacierto. Rueda, entre la vida y la poesía, ha elegido... una abstracción para dar fin á su obra. Acabar un idilio cantando monsergas patrióticas que no son poéticas ni son reales, no han de perdonarlo las musas ni las Marías, la poesía ni la vida.

* *

Por mucho que ponderase el excelente desempeño que obtuvo *La Musa*, me quedaría corto. ¡Lo que puede el buen reparto de papeles! Mariano Díaz de Mendoza, que en *Malas herencias* es afectado, en *La Musa* es la misma naturalidad.

¡María Guerrero? En cuanto se enteren las musas morirán de celos. ¡Qué gracia, qué voz, qué dicción y qué naturalidad!

Fernando Díaz de Mendoza, mucho más sencillo y natural que cuando habla con los autores en el saloncillo del Teatro Español. Así debe ser el arte escénico y así son los actores extranjeros de más fama; sencillos, indiferentes, viviendo lo que representan.

La Cancio admirable en su papel de gitana... Todos, todos los actores estuvieron bien. ¡Qué lástima que se hiciera decir la buenaventura con los guantes puestos!

ANGEL CUNILLERA.

LA JUSTICIA BURGUESA



Original de la joven holandesa señorita Dutil.

EL MATERIALISMO

Antes de decir ó de escribir algo acerca de la palabra con que encabezo estas líneas, que tanto ha revuelto á los hombres dedicados á la investigación y propagación de las llamadas ciencias biológicas, incluyendo en ellas las doctrinas del llamado materialismo científico ó filosófico, debo de exponer unas cuantas ideas para aclarar conceptos sumamente errados, por haberse lastimosamente tergiversado las doctrinas que de las modernas teorías han tratado de explicar los autores de las mismas, y que no han sido bien conocidas por aquellos críticos de pacotilla, al tratar de vulgarizar la ciencia poniéndola en ridículo ante el público necio, ignorante, pero al mismo tiempo altamente pretencioso en cuanto se refiere á ella, creyendo entenderla por conocer unas cuantas palabras empleadas en su complicado y laberíntico lenguaje.

Pues como decía antes, debo de hacer una pequeña aclaración respecto al valor, ó mejor, al sentido de cada palabra, frase, período ó teoría que se exponga para explicar un hecho.

Toda palabra, frase, período, etc., tiene un valor ó sentido que puede llamársele nominal ó práctico, es decir, el que generalmente se usa, bien en el lenguaje oral ó en el escrito, ó lo que es lo mismo, que tiene nombre de una cosa y le falta la realidad de ella en todo ó en parte; y el valor efectivo ó convencional, es decir, real, verdadero por haberlo dispuesto así, mediante un pacto hecho entre personas que reúnen condiciones para ello por su vasta y profunda ilustración en los asuntos de que tratan, y cuyo valor generalmente lo aplican por alguna condición, cualidad, carácter ó particularidad propia ó característica de aquello que tratan de enseñar á todo el que desea aprender.

Hécha esta pequeña aclaración, la cual deseo tengan presente en la mente ó en la memoria los lectores de esta Revista, para los artículos que publique en lo sucesivo, pues creo que les ha de servir de mucho, por cuanto esperó aclarar algunos conceptos, los cuales debo declarar se han tergiversado lastimosamente al hablar ó escribir sobre el materialismo, positivismo, racionalismo y todos ó la mayor parte de los sistemas filosóficos modernos, cuando no son otra cosa que un renacimiento, una nueva fase, un nuevo período de vida que toman, después de un lapso de tiempo bastante largo que tuvieron en siglos anteriores, en los cuales la humanidad se dedicaba nada más que á luchar ó á guerrear unos pueblos contra otros, para ser uno de éstos el dueño del universo, hasta que la inteligencia ha ido imponiéndose, aun cuando paulatinamente, á la barbarie, y hoy los procedimientos usuales son de efectos no tan mortíferos como en aquel entonces; gracias á los adelantos de la ciencia, la cual, aun cuando muchos se rían y no crean, ha adelantado extraordinariamente desde mediados del pasado siglo.

Al materialismo debe de mirársele bajo dos aspectos ó fases: el llamado ético ó de las costumbres, los vicios, las pasiones del ánimo, con sus borracheras, juegos, prostitución, crímenes, etc., los cuales degradan y envilecen de una manera repugnante la dignidad humana, rebajándola á nivel más bajo del que se hallan muchos de los mal llamados animales irracionales ó cuadrúpedos, los cuales no hacen más que cumplir con las sabias y admirables leyes que la madre Natura inculca á cada sér, y desechan con admirable instinto todo aquello que comprenden ó notan les es perjudicial en grado más ó menos elevado, dándonos con ello un ejemplo sorprendente de conservar la salud, tesoro el más rico y preciado de todos los existentes, y que puede llegar á inventar el sér hu-

mano; y otro, es el llamado materialismo científico ó filosófico, el cual estudia la materia, como la causa de todo lo existente, con todas sus propiedades, atributos, cualidades y por ende, las leyes que rigen á la misma, ó sea las leyes de la atracción, gravitación, las fuerzas de afinidad y cohesión, por todas las cuales los planetas, los astros, los cuerpos todos que forman el universo, se atraen, se comunican, se ayudan mutuamente, por hallarse constituidos de la misma ó idéntica clase de materia, conforme nos enseña la espectroscopia con sus admirables descubrimientos, y que al mismo tiempo se deduce el que se hallen constituidos de la misma ó análoga clase de materia, si defendemos ó admitimos la teoría más moderna de la constitución de todo lo existente, ó sea la de la evolución, cuando toda la materia se encontraba en el estado de nebulosa, ó en el estado de fotoesfera.

De modo y manera, que todo el que haya estudiado la Física, la Química, la Astronomía y la Historia Natural, si es que ha sacado de ellas el fruto ó el resultado apetecido, ó si, como suele decirse, ha digerido, ó llegado á comprender lo que en esos estudios ó en esas ciencias se aprende, fuera los prejuicios que desde la niñez, con una educación pura y esencialmente mística, nos embrollan en nuestro tierno, sencillo é impresionable cerebro, y cuyas ideas ó creencias se arraigan de una manera tan sumamente profunda, que cuesta después lo indecible para llegar á desembarazarse de las mismas. Pues bien, fuera esos prejuicios y juzgando desapasionadamente los estudios que nos enseñan las ciencias llamadas biológicas, ó sea las que acabo de citar unas líneas más arriba, máxime hecha la amplitud de las mismas, las cuales constituyen la Medicina humana, propiamente dicha, la Medicina veterinaria ó animal, la Farmacia, etc., digo que estas ciencias le inducen, le conducen, le guían infaliblemente á quien trata de cultivarlas, al tan vilipendiado, al tan calumniado y despreciado sistema científico-filosófico denominado *Materialismo*, puesto que el tal, en lugar de negar, como muchos así lo suponen todas ó la mayor parte de las creencias del llamado *espiritualismo*, les afirma, pero en otro sentido distinto, como sucede con la existencia del alma, según he manifestado en mi anterior artículo, y resultando que, en lugar de ser ésta la eterna, es la materia la participante de esta cualidad, con la circunstancia de que en el sistema filosófico espiritualista, cuando se trata de demostrar algo, se apela al orden sobrenatural, á lo misterioso, á lo inexplicable, ó que nose halla al alcance de la inteligencia humana, y por lo tanto, compréndase ó no se comprenda, debe y tiene forzosamente que admitirse, por ser, según los mantenedores, defensores y propagadores de las tales teorías ó doctrinas, un artículo de fe, y con eso creen que ya han conseguido un señaladísimo triunfo, en cuanto á su parte se refiere, y unas derrotas inmensas de la parte contraria, ya un cuando le conteste su adversario, diciendo que, como el ser humano es un ser eminentemente racional, y por ende tiene que pensar, acerca de determinado tema ó asunto, con el objeto de comprender si debe ó no aceptarlo como verdadero ó falso, en cuyo caso le niegan la facultad del raciocinio, contestándole que no debe de apelar á la razón, porque ésta á veces, en su orgullo, pretende remontarse más allá de la esfera de su acción y llega á equivocarse y á caer en errores lamentabilísimos, los cuales le traen fatalísimas consecuencias, como son todas las supuestas calamidades que en diversas ocasiones acontecen á algunos osados, que en su pretensión de haber llevado á cabo alguno de los muchos supuestos inventos que dan á la publicidad, porque sus estudios en la parte técnica, parecen resueltos favorablemente, pero no así por lo que respecta á la parte práctica, pues las ciencias matemáticas, como teóricas que son, parecen ser ciertas, pero las ciencias naturales son las verdaderamente ciertas, por basarse en la experiencia y la observación, es decir, eminentemente prácticas.

Achacan á los que defendemos la doctrina del *Materialismo* que somos personas de escasos ó nulos sentimientos caritativos, que no tenemos amor al prójimo, que como no creemos en la otra vida, ejecutamos en ésta una puramente material ó animal, sin dolernos absolutamente lo más mínimo de todas las calamidades que afligen á la humanidad doliente, etc., etc., etc., cuando lo que sucede es todo lo contrario, y puedo testificarlo por lo que acontece en mí mismo y en algunos de mis más apreciados y queridos compañeros que tengo, quienes se sacrifican á sí propios y procuran hacer todo lo que comprenden va en beneficio del prójimo, en ocasiones en perjuicio de ellos mismos, pues comprendiendo que una de las calamidades mayores es la de la ignorancia aunada con la presunción y pedantería, tratan de inculcar á los que se hallan en ella, los conocimientos suficientes y necesarios, para que el sér humano se haga digno y respetable ante la sociedad en la cual vive, y de la cual es uno de sus miembros; pues si la razón, la inteligencia, el poseer la facultad, ó el don de la inventiva, y de los descubrimientos es única exclusiva de este que se le quiere denominar el sér de los seres, el sér privilegiado por excelencia, el sér que se aparta de todos los demás, pruébalo y demuéstalo con los hechos, con sus actos, con sus obras, no con palabras, pretendiendo en apariencia sentir y condolerse de los males del prójimo, sino que cuando tenga una ocasión de demostrar esos sentimientos nobles, caritativos y humanitarios, los lleve á cabo, sin fijarse en el que dirán. Por mi parte, sólo sé decir, en cuanto se refiere á este asunto, que cuanto más estudio, cuanto más pienso, cuanto más cavilo y cuánto más me fijo en lo atrasados que nos hallamos los de nuestra desdichada nación española, por ser tan amantes de la rutina, más y más afición tomo al estudio de las ciencias naturales, las cuales creo que son el arca de salvación, la medida más eficaz, el problema más importante para poder conseguir la tan anhelada y ambicionada y cacareada regeneración, y como de los poderes públicos será si no imposible, por lo menos sí es muy difícil conseguir, cada uno por su parte debe de trabajar para llegar á regenerarse; pues si la enseñanza oficial essumamente deficiente, por el poco gasto que se hace en la misma, se puede llevar á cabo la enseñanza extraoficial, no pudiendo prohibir á nadie el que dé nociones de cualquier ramo de los múltiples del saber humano á quienes se hallan faltos de dichos conocimientos, y como una de las obras de caridad es enseñar al que no sabe, ó de hacerle comprender que lo que sabe es falso, ó contrario á la verdad, á la razón y á la lógica, y por lo tanto se instruye en lo verdadero, en lo cierto, y no viva engañado, he aquí, por consiguiente, un sentimiento caritativo del que damos pruebas á menudo los que admitimos, creemos y defendemos con tesón y energía la doctrina del llamado *Materialismo*, la cual, como pueden ir comprendiendo mis carísimos lectores, no es lo que algunos mentecatos tratan de propalar respecto á la misma, y que estos tales ni tan siquiera saben las materias ó asuntos pertenecientes á esta escuela filosófica, la cual tanto arraigo ha llegado á adquirir en los tiempos modernos, gracias á los propaladores de ella, como son, entre otros, el ilustre médico alemán Luis Buchner, el gran naturalista, también alemán, Hackel, el incansable escritor astrónomo francés Camilo Flammarion, el químico notabilísimo Lavoisier, quien con sus teorías y sus veinticuatro principios que estableció para el estudio de la ciencia química, causó una revolución en los estudios de esta admirable ciencia, sin la cual hoy apenas se puede dar un paso en los inventos con que nos sorprenden de vez en cuando algunos genios que tratan del bienestar de la humanidad, proporcionándole todas las comodidades apetecibles. Pues bien, este sabio, entre otros principios que estableció, uno de ellos fué el siguiente: *en la naturaleza, nada se pierde, nada se crea, todo ello es cambio de una materia en otra*, es decir

en términos más claros y sencillos, *la materia es eterna*, ó lo que es lo mismo, ni ha tenido principio, ni tampoco tendrá fin, puesto que con sólo unos siete ú ocho cuerpos simples ó elementos se compone ó constituyen, todo lo que vemos, todo lo que observamos, con nuestros sentidos, y muchos de los fenómenos que no tienen todavía explicación científica satisfactoria, ya vendrá con el tiempo la ciencia á darla, como lo ha hecho con otros muchos desconocidos en épocas pasadas, y que se hallaban considerados como sucesos sobrenaturales.

Cualquier médico, farmacéutico, naturalista, ó en una palabra, para expresar con más sencillez y claridad, todo aquel que haya estudiado las ciencias biológicas y siempre que haya sacado de ellas el fruto debido ó apetecido, ó las haya estudiado con amor, con cariño, con fe, no por ambición de poseer un título académico para con él, ó á cuenta de él vivir, como lo hace un tendero de ultramarinos, un sastre, un mercero, ó cualquier industrial con el afán de la riqueza, del lucro, para después de conseguido su ambicioso deseo poder disfrutar de aquellas riquezas, paseándose en blando y mullido coche tirado por soberbios caballos con sus correspondientes cochero y lacayo armados de librea; comiendo en lujosísima mesa adornada con magníficos jarrones los cuales ostentan unas plantas portadoras de flores que despiden fragancias ú olores con los cuales perfuman el ambiente excitando de tal modo el apetito, y servido por fámulos de rigurosa etiqueta; durmiendo en soberbio lecho con unos colchones de blandísimo muelle, los cuales al menor movimiento producen un agradabilísimo y suavísimo balanceo, el cual contribuye á hacer el sueño más apacible; todo esto, y algo más que pudiera contar, no ambiciona, ni debe de ambicionar el que se dedica al cultivo de las ciencias, por cuanto embota los sentidos y, por lo tanto, las facultades intelectuales, y no pueden encontrarse en las debidas condiciones para su respectivo ejercicio, sin embargo; de que el científico y el filósofo (aun cuando el primero lo es también lo segundo) no desdeñan, como muchos tal vez se imaginan, las riquezas; antes bien, las admiten, por cuanto comprenden que en el estado actual de la sociedad, uno de los medios para poder conseguir la mayor parte de lo que se desea, es el dinero, y como los estudios requieren no pequeños gastos, tanto por lo que respecta á libros, papeles, revistas, periódicos, etc., como cuanto se relaciona con aparatos, los cuales son sumamente costosos y muy difíciles de cuidarlos, por ser sumamente delicados, que en seguida se estropean, y bastantes se rompen por ser de sustancias ó materias sumamente frágiles, como es, entre otros, el vidrio; pero el científico busca más que nada el bienestar, la prosperidad, las mejoras de la humanidad de la cual es uno de tantos miembros, es decir, que así como el comerciante viene á resultar un ser egoísta y le importa un bledo de los demás, el científico es en extremo altruísta, es decir, que todo lo hace por el bien de sus semejantes, sin pedir premio ni recompensa de ninguna clase, aun cuando siempre algo le toca de este bienestar, y por consiguiente, mirado bajo este punto de vista, parece como si fuera en algún grado egoísta, pero en algo debe de disfrutar de sus trabajos el que á los mismos se dedica.

Así como nadie debe de tener prejuicios con respecto á estas doctrinas, por no conocerlas, tampoco debe de tener preocupaciones ni supersticiones, porque en este caso, por más que se empeñe, no conseguirá dar ni siquiera el más pequeño adelanto en el cultivo de la tal doctrina, por ser ésta precisamente enemiga de estos defectos ó vicios espirituales y que son rémora para los adelantos de la moderna civilización, la cual pide y exige un espíritu franco, abierto, expansivo, y, sobre todo, y más que nada, completamente libre, es decir, sin tener fijo su pensamiento en determinada idea y juzgando á ésta como si efectivamente fuera real ó verídica, por ser admitida por la ciencia, y desechando otra.

solamente á causa de su novedad. Por ahora, basta; en otro artículo expondré otras consideraciones, por cuanto la índole del mismo, creo que así lo exige, y la importancia del asunto obliga á aclararlo.

FELIX DE UNAMUNO

EN FAVOR DE LA NATURALEZA

Contra la Naturaleza es el título de un trabajo literario que ha escrito Paul Robín, y que ha sido publicado en LA REVISTA BLANCA del 15 de Agosto.

Llámanos la atención que un escritor de los vuelos de Robín, que ansía «la completa y universal estimación en la solidaridad integral, con todo lo que ella tiene de hermosa», tenga por madrastra ó poco menos, á la espléndida Naturaleza, á quien califica de absurdo para los hombres de ciencia que la admiran, viniendo así á confundir con un grosero fetiche el portentoso Cosmos, donde vemos la maravilla de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño. Y nos llama la atención tanto más, cuanto que dicho autor, que proclama las excelencias de la vida, de la libertad en el amor, en la verdad, en la justicia y en la belleza, inseparables efectos de la causa Naturaleza, rompa definitivamente con ésta y diga que sus leyes, en la mayor parte, «son dafinas para todos los animales, incluso el hombre», lo cual, en verdad, nos parece, no ya una obsesión fuertemente arraigada en el cerebro de un filósofo, ni tampoco un error á que puede estar sujeto el talento más claro, sino un desatino, y más que un desatino, un disparate de gran bulto, que coloca á Robín en contradicción consigo mismo.

De las proposiciones de Robín podrían formularse algunos silogismos, y de ellos sacaríamos una sola conclusión, á saber: que la gran infamia de la Naturaleza ha sido dar vida á los animales, desde el hombre hasta el microbio; y en tal caso, todos deberíamos apresurarnos á morir lo más trágicamente posible, ya que las leyes de Natura—acción ó reacción, flujo ó reflujo, luz ó sombra, dolor ó placer, fuerza ó inercia, etc., etc.—nos son dafinas, y antes que arrastrar una existencia tan miserable, valdría la pena de renunciar á los contrastes de esas mismas leyes.

Que Robín se pronuncie contra la Naturaleza, y al mismo tiempo diga que el hombre ha sostenido enfrente de ella una lucha secular que ha terminado por adjudicársele el premio del triunfo, es simplemente paradójico, puesto que la lucha contra los elementos no es una lucha á brazo partido, como la que puede tener un león con un tigre, una hiena con un leopárdo, con saña y odio, con astucia y crueldad, sentido que ni aun el gran Darwin dió á su hermosa teoría, sino esa otra lucha pacífica que, mediante nuestras facultades, muy superiores á las de toda la fauna, consiste en comprender, observar y comparar toda suerte de leyes y saber aplicarlas al bien ó al mal; al bien cuando el hombre obra honestamente con amor á su especie, y al mal cuando en su favor se vale de sus conocimientos por una razón de vanidad ó por un egoísmo grosero ó mal entendido espíritu de conservación. En ambos casos, no habrá quien vea en la lucha por la vida *una ríña de gallos* cuyo vencido sea la invencible, la eterna Naturaleza.

No, por cierto: la lucha por la vida, tan diversamente comprendida y explicada, no es, en resumidas cuentas, sino la adaptación del planeta á nuestro servicio y regalo. Y cuando la misma Naturaleza nos ha enriquecido con una inteligencia capaz de distinguir

lo útil de lo inútil, lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso; ¿podremos, con razón, rebelarnos contra ella porque con la apacible tibieza de la primavera nos traiga la espantosa, pero sublime tempestad de los mares? ¿Renegaremos de tan sabia maestra, porque al lado de un manjar delicioso se críe un tóxico mortal? ¿Habrémós de ver en ella á una asquerosa sabandija y olvidar que nada hay dentro de lo sublimemente bello, que no lleve el sello del contraste? ¿Cómo compararía Robín, tan artista, las obras geniales de Meissonier, si no tuviera delante de sí otros cuadros que descienden, desde lo simplemente correcto hasta lo grotesco y detestable? La misma ley de los contrastes, ¿no es una sublime regla de la vida, como sublimes son la gravedad, el calor, la dinámica, el frío, la combinación físico-química de tantos y tantos elementos como constituyen la organización, cien veces admirable de ese todo sideral que nos anonada en su inmensa grandeza?

Considerar, como lo hace Robín, un fetichismo el trabajo de los sabios, porque cuanto más comprenden á la Naturaleza más la adoran, y compararlo á otro fetichismo cualquiera de los extinguidos dioses Baal, Jehová ó Júpiter, me parece de lo más frívolo que pueda escribirse en los primeros albores del siglo xx, á quien el tiempo llamará *siglo de la Verdad*, pues la ciencia no tiene nada de mitológico, ni de teocrático, ni aun siquiera de aéreo ó metafísico: todo lo que tiene es positivo, real, evidente.

Parece una circunlocución ó una perífrasis esta afirmación de Paul Robín: «Con todo esto el hombre ha podido llegar á fuerza de trabajo á vencer á la Naturaleza, á preservarse de sus *prejuicios*, á hacer estériles los fenómenos en su origen *perjudiciales é indiferentes* y á mejorar inmensamente sus beneficios». ¿Quién no sospecha que en el párrafo transcrito hay un rodeo para decir algo que su autor no siente? Porque es preciso convenir en que traspasa los límites de lo posible afirmar que se vence á la Naturaleza, que ésta tiene prejuicios y que sus fenómenos son perjudiciales é indiferentes.

La Naturaleza no puede ser vencida por nada ni por nadie: lo que hay es, que el hombre tiene clara idea de la transformación, y por el trabajo la transforma, pero valiéndose de los medios que la Naturaleza misma pone á su servicio; la electricidad es elemento natural; la fuerza, de donde la mecánica ha brotado, no ha sido inventada por el hombre, sino simplemente utilizada; los animales útiles han mejorado por la acción del hombre, pero por los medios naturales; otro tanto ha sucedido con las plantas. ¿Y quién duda que el progreso todo es una serie inacabable de necesidades artificiales que el hombre, y singularmente el hombre moderno, satisface, merced á sus facultades *naturales*, valiéndose de los elementos naturales también? ¿Diremos por eso que la Naturaleza es nuestra enemiga? ¿Lo es del pájaro que fabrica con barro, paja y basura una verdadera obra de arte para asiento y desarrollo del fruto de sus amores?

La Naturaleza dice al hombre: «He aquí mis leyes, conócelas; aquí tienes el bien y el mal; elige». ¿Y no se cumple con ellas, absolutas como son, una justicia absoluta, una verdad absoluta, una belleza absoluta y un amor absoluto? ¿Y contra estas grandiosas leyes lanza sus iras Paul Robín, por *perjudiciales y dañinas*?

Por lo demás, si el hombre, en medio de sus portentosos adelantos, no ha sabido asociarse de modo y manera que su trabajo y su progreso redunden en beneficio de todos; si aún conserva el dejo amargo de Dios, de la propiedad privada, de la autoridad, de la justicia histórica, del dinero, del comercio, del capital, y con todo este bagaje de brutalidades, de un centenar, un millar de preocupaciones que permiten gozar á un cinco por ciento de los mortales y padecer al noventa y cinco restante, ¿qué culpa tiene la Naturaleza que ha dado á todos, para todos, el aire, la luz, la tierra, el agua y cuanto existe en este riquísimo planeta, capaz para hacer feliz á la humanidad considerablemente mul-

tipificada? ¿Y no es también una ley natural nuestra sociabilidad? Si ésta se hace tan groseramente como se ha hecho, ¿no es justa, justísima la Naturaleza al castigar á los hombres que no saben asociarse, con el hambre, las enfermedades, los accidentes y la muerte?

Robín afirma que la Naturaleza ha impuesto á los hombres este precepto: «Mataos los unos á los otros», y es muy difícil encontrar en los escritores contemporáneos quien en serio diga cosa parecida, pues es de simple sentido que la Naturaleza brinda movimiento, contento, alegría, vida por doquier, y que sólo el hombre de todos los siglos ha despreciado ó no ha sabido apreciar debidamente los tesoros inagotables que aquélla encierra para regalo, no ya sólo del hombre, sino de todas las especies conocidas y por conocer.

Que es fatal sacrificar la vida de algunos seres de distinta especie para mantener la de otra, podrá ser; pero de esto á asegurar, como parece hacerlo Paul Robín, que existe la antropofagia en los pueblos civilizados, hay gran distancia. Ciertamente que la guerra destruye la vida de millones de humanos; cierto que las instituciones conocidas minan la existencia de millones también; pero... no somos antropófagos, nos guste ó no la carne al igual de Robín, pues á pesar de la espantosa miseria en que la humanidad se desenvuelve en medio de riquezas increíbles, aún tenemos caza, pesca, ganadería y cereales para echar mano de ellos, pese á quien pese, antes de acudir al asado de unas cuantas costillas humanas.

Parece que Robín teme, cual moderno Malthus, un exceso de población, sin perjuicio de declararse después partidario del amor absolutamente libre. Si lo primero, preciso será que reconozca la necesidad de la guerra, de las epidemias y de las restricciones. Si lo segundo, la plétora de población será un hecho, partiendo de sus hipótesis propias. Pero, ¿en qué quedamos?

Venga, hombre, venga el amor libre, y no temamos que la población dificulte la vida: el mundo está espantosamente despoblado, y de todas suertes, la Naturaleza, es *damna plicora* á quien tan despiadadamente se recrimina, ya se encargará de llevar la medida, si esta operación es necesaria para la estadística del Cosmos; el hombre es hasta hoy muy pequeño para enmendar la obra natural con previsiones que son más bien quiméricas que racionales y oportunas.

FELIPE LAYDA

CRÓNICA CIENTÍFICA

Viajes aéreos en proyecto: Santos, Dumont y Stanley Spencer.—El globo dirigible Mager-Calet: utilización de la fuerza motriz del viento.—Un más pesado que el aire: motor extraligero de los señores Eyck y Nys.—Campaña contra la vacuna en Inglaterra.

Se nos prometen para una fecha próxima dos viajes sensacionales en globos dirigibles: uno de París á Londres, por Santos Dumont, y otro de Londres á París, por los hermanos Spencer.

La realización de ambos proyectos depende de ciertas condiciones económicas y protectoras de difícil arreglo. Veremos cómo queda el asunto.

**

Entre tanto, los nuevos proyectos se multiplican. He observado, especialmente en el de los señores Cadet y Mager, de Londres, que han tenido una idea quizá genial, tratando de servirse de lo que hasta aquí se consideraba la principal dificultad. ¿No es el viento lo que dificulta la marcha? Pues pongámosle á nuestro servicio: y, en efecto, el motor de esos señores es una especie de molino de viento y, para los días de calma, un pequeño motor de gas.

No sabemos aún si los inventores, que se alaban de haber resuelto el problema, han tenido en cuenta el principio de mecánica racional que establece una gran diferencia entre un molino de viento *fijo* y otro *móvil*. Esperaremos los ensayos que, según parece, se harán pronto en Londres.

* *

Otros dos inventores acaban de construir en Bélgica un dirigible que atrae vivamente la atención de los hombres de ciencia. Se trata de un nuevo motor presentado por los señores Eyck y Nys.

Sabido es que de la ligereza del motor con relación á su poder, depende el éxito de los experimentos. Estos aeronautas emplean dos motores que juntos no pesan 30 kilos, tienen fuerza de 15 caballos y mueven un par de hélices. El globo es de forma ovoide, tiene 15 metros de largo por 6 de diámetro y se infla con hidrógeno.

La fuerza motriz sirve, no sólo para la dirección del globo, sino también para su ascensión, porque se trata de un más pesado que el aire, que se distingue por la extrema sencillez de su mecanismo.

Recordarán mis lectores que en estas páginas he demostrado que el problema de la navegación aérea por el más pesado que el aire se resolverá el día en que se construyan motores muy ligeros con relación á su peso: 19 caballos para un peso de 20 kilos, por ejemplo.

Las cifras que dan los señores Eyck y Nys se van acercando, y si son positivas, creemos que se está en vísperas de la resolución del gran problema de la aviación.

* *

En estos últimos tiempos se han formado numerosas ligas contra la vacuna en Inglaterra, encaminadas á poner término á la viciación de la sangre por virus ó fermentos que se consideran peligrosos.

Hace ya algunos años que bajo la presión de la opinión pública, el Parlamento de Westminster promulgó un *act*, según el cual, aunque sosteniendo en principio la obligación de la vacuna, consagraba la libertad del padre de familia. Basta que éste se presente ante un magistrado y le declare que cree, en conciencia, que la vacunación sería perjudicial en vez de ser útil para la salud de un niño, para dispensarle inmediatamente de su cumplimiento.

El número de esas dispensas aumenta de día en día: los antivacunistas son activos dan conferencias y publican hojas y folletos gratis, que con sus datos y razonamientos sacuden la rutina y la indiferencia de las gentes que profesan el estúpido «así lo hemos encontrado, así lo dejaremos».

Los vacunistas, admitiendo que una enfermedad generalmente no ataca más que una vez si es imputable á una cimisias específica, llegan á esta inconveniente deducción: es preciso infectar la economía para evitar sus peligrosos efectos; éar la enfermedad para combatirla.

El razonamiento sería aún admisible si la operación preventiva fuera absolutamente inofensiva, lo que no es cierto, resultando que infectar toda la humanidad de fermentos malos, es reducir el campo de la resistencia vital, favorecer el movimiento disolvente de la economía, practicar en general un sistema nefasto para la validez de la especie humana.

Este juicio se confirma por las estadísticas acerca de las relaciones entre las vacunas, de una parte, y de la difusión acentuada de la tuberculosis, de otra. Esta última ha sido juzgada en razón de causalidad con la primera, lo que habla muy en contra de las infecciones por virus.

Según una estadística del Dr. Farr, mueren en Inglaterra, por término medio, por 1.000 individuos: 6 de viruela, 12 del sarampión, 15 de la coqueluche, 30 de la escarlatina, 38 de fiebres, etc. Es muy probable que los 6 variolosos del millar inglés se reducirían a 2 ó a lo más 3, si en los grandes centros de población hubiese la higiene y la limpieza que la miseria y la ignorancia impiden que exista, y lo prueba que la misma estadística no da más que 2 por 1.000 en las villas sanas del Reino Unido, mientras que acusa 8 por 1.000 en Liverpool.

Resulta, pues, perfectamente insensato, aun admitiendo la eficacia de la vacuna, que para salvar esas 2 vidas se infecten las 998 restantes, exponiéndoles á accidentes, á la debilitación de la sangre, á la disposición á la tisis, etc., etc.

Algunos autores, Vindevogel entre ellos, se pronuncian abiertamente contra el método en general, trátase de la viruela ó de cualquiera otra enfermedad atribuible á una causa específica. A su juicio, los fracasos de las inoculaciones de virus tuberculosos atenuados contra el virus y el microbio fimatógeno, han condenado definitivamente el método.

* * *

Una obra muy original, *Valeur scientifique du Malthusianisme*, por el Dr. Gottschalk, acaba de publicar la casa Stock, de París.

Es una elocuente defensa, no de la teoría de Malthus, que ha quedado destruida en cuanto la química demostró la posibilidad de doblar la productividad de la tierra, sino del neo-malthusianismo, que no habla ya de la esterilidad, ni del consabido cubierto en el banquete de la vida, sino que aconseja una fecundidad moderada, razonable, proporcionada á los recursos de los pueblos. Para los neo-malthusianos, la esterilidad es un deber solamente para las parejas averiadas cuya procreación pudiera ser origen de sufrimiento para sí, para sus hijos y para la sociedad entera. El autor defiende esa doctrina, desde el punto de vista científico, moral y estético. Señala algunas de las principales causas de la criminalidad y hace notar que la sociedad sólo se preocupa de impedir los crímenes pasionales, pero no de los sufrimientos infinitamente más grandes que los producen; lo mismo sucede con los delitos económicos. En su concepto, si no hubiese los sufrimientos del hambre ni del amor, no habría delitos económicos ni crímenes pasionales. No pueden prevenirse esos crímenes y esos delitos sin evitar los sufrimientos que los preceden y los causan.

Tal es el problema que la sociedad actual no se ha atrevido á plantear y que el neo-malthusianismo se compromete á resolver, preocupándose ante todo de la suerte de la generación futura.

Y el problema, no sólo tiene importancia en lo presente, en que la falta de medios coarta la facultad de procrear por el temor de no poder criar la descendencia, sino también en una sociedad en que las necesidades de cada uno puedan satisfacerse á condi-

ción de que los consumidores no sean excesivamente numerosos en relación con la producción posible.

La defensa del neo-malthusianismo, á nuestro parecer, puede resumirse en estas palabras: La no existencia es preferible al sufrimiento sin remedio (1).

TARRIDA DEL MÁRMOL.

El automatismo en el ejercicio

Movimientos que se ejecutan sin intervención del cerebro. Los animales decapitados.—Singular espectáculo imaginado por el emperador Cómodo.—Organos que funcionan automáticamente.—Movimientos inconscientes.—Función de la médula espinal.

Condiciones del automatismo en el ejercicio.—Influjo del ritmo: movimientos cadenciosos.—Aires bailables.—Influjo del aprendizaje.—Necesidad de la ausencia de esfuerzo en los movimientos automáticos.—Regularidad de los actos sometidos al automatismo. Una observación personal; automatismo en el ejercicio del remo.—Persistencia de los actos automáticos. La «memoria de la médula espinal».—Cómo se crean las maneras de andar.—Tenacidad de los primeros hábitos musculares.—La rapidez en la esgrima.

He procurado mostrar, en el trabajo precedente, hasta qué punto el cerebro y las facultades psíquicas podían desempeñar un papel importante en los ejercicios corporales. Nos queda que ver aquí cómo el trabajo muscular puede, por el contrario, ejecutarse algunas veces sin darse cuenta el cerebro y sin intervención de la voluntad.

Tengo que recordar, ante todo, que el cerebro no es indispensable para la ejecución de ciertos movimientos. La médula espinal basta, en ciertos casos, para poner en acción los músculos, porque es un *centro nervioso* y, por consiguiente, un foco de actividad motriz propia. Pero los movimientos debidos peculiarmente á la acción de la médula tienen un carácter particular; son involuntarios. La voluntad, con efecto, no tiene acción directa sino sobre las células del cerebro tan sólo, y no puede poner en juego la actividad propia de la médula. Esta no puede entrar en acción más que por *efecto reflejo*.

En los movimientos reflejos, la voluntad no es ya el excitante del músculo; éste entra en acción bajo el influjo de una impresión sensitiva.

(1) Compláceme mucho que, despojándose de cierta pudibundez hipócrita, se trate con honrada y viril franqueza el asunto de la procreación humana, sobre el cual hay muchas necesidades que pasan por sentencias de Salomón, la del honor entre mil otras, complacencia que ya he experimentado leyendo la colaboración de Paul Robin en *La Huelga General*, de Barcelona, y otros trabajos del mismo autor; pero, lo confieso ingenuamente, el malthusianismo siempre tendrá para mí un vicio de origen; parece una secta burguesa, no una manifestación científicamente sincera: los malthusianos nuevos me parecen aquellos viajeros de tercera que, regularmente acomodados, se asustan al llegar á una estación donde espera el tren much. gente, y cierran las ventanillas para que no entre nadie. En todo malthusiano, viejo ó nuevo, veo un poltrón egoísta; únicamente que los viejos, privilegiados despóticos, declaman sin rebozo: «El que no tenga que comer, que reviente!», en tanto que los nuevos, al ver que la plebe se despavila, dicen timidamente: «Señores, no empujar!» Por eso creo que, aparte de algunos datos aprovechables por tabla para la sociología, el malthusianismo no hará de un *sport* sin influencia social. Hay causas más hondas y más graves que remover en el sufrimiento, señores malthusianos! No basta que los que tienen cubierto en el banquete de la vida, cambien á ratos la cuchara por la pluma, y entre comida y digestión expongan sus temores. Si se considera con digna conciencia el estado social en que vivimos, y se deploran con sinceridad sus males, hay otra cosa que hacer; por ejemplo, demostrar que el derecho de propiedad, tal como existe en la práctica y en las leyes de todos los países, es una usurpación, y que lo que urge es la reintegración de todos y de todas en el patrimonio universal.—A. L.

Figurémonos un nervio sensitivo impresionado por una sensación viva. Esta conmoción es conducida por la fibra nerviosa hasta una célula central de la médula, de donde parte un nervio motor. Esta célula es á la vez el sitio donde termina el nervio sensitivo y el origen del nervio del movimiento. Puede suceder que la impresión sensitiva, en lugar de continuar caminando hacia la cabeza, para concluir en el órgano de las facultades conscientes, se detenga en la célula motora de la médula. Esta la devuelve entonces trasformada en movimiento, en la dirección del músculo á que el nervio motor la conduce. La impresión se *refleja* sobre el centro motor de la médula y vuelve sobre sí misma, como pueden reflejarse sobre un muro las ondas sonoras de la voz, que dan nacimiento al *eco*.

Podemos decir, sin exagerar la imagen, que un movimiento reflejo es el eco de una impresión sensitiva.

En general los movimientos reflejos son muy sencillos y parece que se regulan según la intensidad y la duración de la excitación que los provocan;—cuantas veces se pellizca la pata de una rana decapitada, otras tantas el miembro se agita con una corta sacudida;—pero puede suceder que los movimientos reflejos sean más complicados y que una sola excitación sea el punto de partida de toda una serie de actos musculares. Parece que entonces una sola impresión viene á despertar en la médula como el recuerdo de un gran número de movimientos frecuentemente ejecutados; del mismo modo, el pronunciar una sola palabra puede despertar en el cerebro el recuerdo de toda una serie de frases que se vuelven á hacer presente en el espíritu. Así, el apoyo del pie en el suelo puede provocar; por la simple sensación del contacto, toda la serie de los movimientos de la marcha. El ser vivo puede marchar entonces, y hasta *correr*, sin que su cerebro tome la menor parte en el acto muscular.

Un hecho de la historia romana, referido por Mosso en su libro sobre *El Miedo*, nos ofrece una curiosa prueba del poder automático de la médula espinal. El emperador Cómodo daba al pueblo romano un espectáculo, que gustaba mucho. Soltaba en el circó avestruces, excitándolos para que corriesen y, cuando iban á toda velocidad, se les cortaba de repente la cabeza con una especie de flechas en forma de media luna. Los animales decapitados no se detenían en el momento, sino que continuaban corriendo hasta el final.

Lo que se observa en un animal decapitado que sigue corriendo, nos da la imagen fiel de lo que pasa en un hombre distraído, cuyas piernas ejecutan automáticamente los movimientos de la marcha, mientras que su cerebro, ocupado en otra cosa, es indiferente al acto efectuado. En los movimientos automáticos, las cosas pasan como si una serie de actos reflejos viniese á sustituir á los actos primitivamente voluntarios. El cerebro, después de haber combinado un movimiento y de haber determinado su velocidad y su ritmo, parece, al cabo de cierto tiempo, como que delega sus poderes á la médula; va poco á poco desinteresándose del acto é interviene de nuevo solamente cuando una circunstancia particular exige un cambio; sea en la dirección de los movimientos, sea en la energía, sea en su velocidad.

El *automatismo* es la facultad que tienen ciertos elementos nerviosos de poner en acción á los músculos sin la intervención de la voluntad. Muchos órganos del cuerpo tienen la propiedad de funcionar automáticamente; el corazón, por ejemplo, está dotado de un movimiento sobre el cual no tenemos dominio alguno; no depende de nuestra voluntad acelerar ó retrasar sus latidos.

El automatismo no es siempre absoluto en los órganos; hay muchos que, según las

circunstancias, obedecen á las órdenes que les damos, ó se mueven, por el contrario, sin que de ello tengamos conciencia. Así, respiramos involuntariamente, aun durmiendo, y podemos, sin embargo, á voluntad, retener, acelerar ó suspender los movimientos respiratorios.

Los movimientos de los músculos de la vida de relación pueden presentar, lo mismo que los de la vida orgánica, el carácter del automatismo. Los miembros y el cuerpo se mueven durmiendo, sin que la voluntad lo ordene, y durante la vigilia, una multitud de actos, á veces complicados, se ejecutan sin darnos cuenta de ello. El que está profundamente preocupado se levanta, va y viene, y ejecuta distraído una multitud de movimientos, de que luego no conserva recuerdo. Estos son actos automáticos.

Los movimientos de la marcha son, de todos los actos musculares, los que devienen más fácilmente automáticos. No hay persona que no haya observado cómo el cerebro se aísla fácilmente y toma poca parte en el trabajo de las piernas, cuando da un paseo á pie; se puede discutir, soñar y hasta componer versos andando. Sería, por el contrario, muy difícil distraer el pensamiento de los músculos, cuando se trabaja en el trapecio ó se tira á las armas. Cuanto más difícil es el ejercicio, más necesario es, para su ejecución, que intervenga la voluntad y que se concentre en él el espíritu. Y, sin embargo, los ejercicios más difíciles al principio concluyen por ejecutarse automáticamente al cabo de cierto tiempo de práctica. Todos los gentlemen que vemos pasar á caballo levantándose graciosamente de la silla á cada salto del trote, ejecutan este movimiento sin prestarle la menor atención y dejando que obedezca su cuerpo á un impulso completamente automático. Si queréis saber hasta qué punto su cerebro trabaja al principio en el trote á la inglesa, observad un domingo en los Campos Elíseos á esos dependientes del comercio, rígidos sobre su caballo de alquiler, esforzándose en vano por «identificarse» con el movimiento que los zarandea y dando testimonio, por la contracción de su fisonomía, de la profunda tensión de espíritu que los absorbe.

La primera condición para que un ejercicio devenga automático y se ejecute sin ningún esfuerzo de atención, es que sea perfectamente conocido y que se haya terminado el aprendizaje mucho tiempo antes.

Para que el ejercicio pueda ejecutarse sin la intervención de las facultades conscientes, son necesarias otras varias condiciones, y en primer lugar la ausencia de esfuerzo. Sabemos que el esfuerzo es una contracción de todo el cuerpo, que tiene por objeto comprimir enérgicamente todos los huesos del esqueleto á fin de formar de éstas diferentes piezas movibles un conjunto rígido, capaz de dar un punto de apoyo sólido á los músculos. Es imposible guardar una completa libertad de espíritu cuando se hace un esfuerzo. Los músculos obligados á entrar en juego con toda la energía posible, parecen haber utilizado á su propio provecho el influjo nervioso cerebral.

Un hombre que pone todo su vigor en un movimiento, cualquiera que él sea, se siente completamente absorbido por su esfuerzo y pierde momentáneamente la noción de cuanto le rodea. Si se os habla en el momento en que apretáis en un dinamómetro para dar la medida de vuestras fuerzas, no conserváis más que un recuerdo confuso de las palabras que han percibido vuestros oídos; vuestras facultades conscientes estaban separadas y acaparadas por el esfuerzo; tanto es así, que los actos cerebrales y los musculares, tan distintos en su esencia, se ejecutan casi siempre con auxilio del mismo instrumento. Parece que el cerebro, instrumento del trabajo muscular y del trabajo intelectual, está acaparado por los músculos cuando éstos tienen que dar toda la fuerza que es posible; desde entonces, el pensamiento no dispone ya libremente de él, y no puede manifestarse

con su habitual lucidez. Esta toma de posesión del cerebro por los músculos explica la falta de inteligencia habitual de los atletas y de los hombres que se dedican á trabajos rudos. El cerebro de un hombre que ha hecho demasiados esfuerzos musculares es un utensilio estropeado que no puede adaptarse al trabajo del espíritu.

Así, el ejercicio á que se está más acostumbrado y el trabajo más fácil, dejan de ser inconscientes desde el momento que necesitan un esfuerzo.

Dos condiciones esenciales se imponen, pues, para que el trabajo muscular pueda devenir automático; el hábito perfecto del ejercicio ejecutado y la moderación del esfuerzo muscular que necesita.

Hay aún muchas circunstancias que favorecen el automatismo y permiten que el trabajo se haga sin la intervención de la voluntad. Su estudio no se ha hecho aún metódicamente, porque nadie ha tratado hasta hoy de sacar de este fenómeno tan curioso del automatismo las conclusiones prácticas que se desprenden para la aplicación higiénica del ejercicio muscular.

Hay un hecho de observación bastante difícil de explicar, pero cuya verdad no dudará nadie, y es, que la regularidad en los movimientos tiende á hacer el trabajo automático. Entre los andarines que han guardado mucho tiempo un paso uniforme, las facultades conscientes no presiden ya al movimiento; el cerebro no manda ya; los músculos obedecen á una serie de efectos reflejos, cuyo punto de partida se encuentra en las sensaciones que acompañan al apoyo y elevación del pie. Cuanto más regularmente se reproduce la sensación que determina el efecto reflejo, más exactamente funciona el mecanismo auto-motor á que es debida la progresión. Todo el mundo ha notado el influjo del ritmo sobre los movimientos. Hay aires de música que son «animadores»; su cadencia bien marcada llega á ser el regulador de los movimientos.

La sensación producida en el oído por los diferentes tiempos de la medida, son el punto de partida del efecto reflejo que ocasiona el cambio alternativo de las piernas.

La marcha, que puede citarse como el tipo de los ejercicios automáticos, necesita, sin embargo, un esfuerzo cerebral en cuanto se efectúa en circunstancias que la hacen irregular. Todos los andarines notan gran fatiga si tienen que fijarse en donde ponen los pies. Cuando se pasa de un atajo, lleno de barrancos y piedras, á un camino bien igual, se experimenta un verdadero descanso; el trabajo parece menos de la mitad. Sin embargo, si se analiza el ejercicio, se ve que la marcha sobre una superficie unida no produce una disminución del trabajo de los músculos, sino que sólo suprime el trabajo de dirección, que se ejecutaba por el cerebro. En el camino desigual el cerebro debe proceder con una atención vigilante á los movimientos de las piernas. Hace falta, según los accidentes del camino, que el paso se alargue ó se acorte, que el pie venga con precisión á colocarse sobre tal piedra que le ofrece un apoyo más sólido, evitando las rodadas ó los charcos. Es la misma marcha, y aún más lenta, que sobre un suelo unido; pero no es el ejercicio inconsciente de siempre, y el cerebro no puede abandonar los músculos á sí propios, so pena de tropezar y caer. En el buen camino, la marcha no exige la intervención de las facultades conscientes; aquí, al trabajo de los músculos se añade un trabajo de dirección y de intervención que emana del cerebro. A este trabajo sobrepuesto es al que es debido el aumento de fatiga. La marcha, llegando á ser irregular, pierde su carácter automático y exige, á igual trabajo muscular, un gasto mayor de influjo nervioso voluntario.

¿Cómo explicar este misterioso influjo de la alternativa regular de los movimientos sobre su ejecución automática? No puede darse al presente ninguna interpretación fisio-

lógica de ello, pero se hacen diariamente numerosas aplicaciones prácticas. En todos los tiempos se ha comprendido la importancia de la cadencia y del ritmo para facilitar los movimientos y disminuir la fatiga, quitando al cerebro el cuidado de dirigir los músculos. Siempre se ha asociado la música al baile. En las maniobras militares el tambor dispensa á los soldados de infantería de llevar su atención sobre los movimientos de sus piernas; marcan el paso sin querer.

Si el ritmo y la cadencia tienden á producir el automatismo en los movimientos, es curioso observar cómo el impulso dado una vez á los miembros se conserva regular y uniforme durante un tiempo muy largo. Cuando se confía una vez la ejecución de un acto muscular á las fuerzas automáticas del organismo, el acto tiende á permanecer siempre sometido á la misma medida, á ejecutarse con la misma velocidad. Si el ejercicio se prolonga, el movimiento permanece semejante desde el principio hasta el fin.

Muy recientemente he podido observar, sobre mí mismo, esta notable tendencia de los movimientos inconscientes á permanecer regulares, no obstante la ausencia de toda dirección cerebral. Partimos de Limoges, un amigo y yo, en un bote á remo; seguimos el Vienne hasta el Loira y éste hasta el mar. La maniobra del remo nos era bastante familiar para ser ejecutada sin intervención alguna del cerebro, y por mi parte, tenía el espíritu completamente libre, por lo que hace á los cambios de maniobras; la dirección del barco estaba confiada á mi amigo, remero de mérito.

Remamos juntos, con dos remos cada uno, «de pares», según la expresión técnica. Muchas veces, durante las doce horas que duraba cada día el trabajo, me sucedió que me olvidé del bote y del Vienne; muchas veces la imaginación vagabunda me llevaba á cien leguas de mi compañero de viaje y, sin embargo, el ritmo de mi «boga» estaba siempre acorde con el suyo. Siempre nuestros remos echados hacia atrás, después traídos hacia delante por un movimiento regular, iban á herir la superficie del agua igual número de veces en cada minuto, hundiéndose en ella á la misma profundidad siempre y pasando rasantes con la sábana líquida antes de hundirse de nuevo.

He tratado muchas veces de asegurarme si esta perfecta unión no era debida á la atención más sostenida de mi amigo, que podía, estando colocado detrás, poner acordes sus movimientos á los míos, aumentando ó disminuyendo al mismo tiempo que yo la velocidad. Pero la inspección más severa ha demostrado que la uniformidad constante de nuestros movimientos era la que aseguraba el acuerdo. En efecto, en muchas pruebas, separadamente, hemos contado los golpes de remo con el reloj de segundos y, durante el período de atención, durante los momentos de conversación seria, de discusión animada ó de profundo ensueño, el resultado comprobado por los dos ha sido siempre el mismo: 19 golpes de remo por minuto.

Así, al cabo de cierto tiempo, este ejercicio del remo, cuyo aprendizaje había sido bastante laborioso, se había estereotipado, en cierto modo, en los órganos motores y se ejecutaba por sí solo. Además, en aquel viaje, el paso que habíamos adoptado al salir se había mantenido siempre igual durante los nueve días que duró el trayecto. Cada día, los músculos volvían á tomar el movimiento regular de la víspera, contrayéndose 19 veces en cada minuto, con una regularidad de reloj, sin intervención alguna de nuestras facultades conscientes. Nuestra «boga» había llegado á ser automática.

Así el cerebro, órgano del pensamiento, puede dejar de presidir un movimiento sin que éste pierda su regularidad y precisión. Cuando un movimiento ha sido repetido frecuentemente parece que la médula espinal retiene en sí la forma y el modo de ejecutar, como el cerebro retiene el sonido y la articulación de las palabras. ¿Cómo un movimien-

to complicado, tal como el de remar, puede imprimirse en la médula espinal? Es bien difícil de decirlo; pero ¿quién explicará cómo las palabras, frases, páginas enteras se fijan en el cerebro y nos permiten repetir, sin omitir nada, largos trozos diversos aprendidos hace treinta años?

Es preciso, pues, limitarse á aceptar el hecho bien comprobado y sacar de él las conclusiones legítimas. No puede rehusarse el admitir la memoria de la médula espinal. Este órgano, que es ante todo conductor de los movimientos que el cerebro manda, guarda en sí el recuerdo y puede repetirlos en ciertas condiciones, sin que la voluntad intervenga más que para abrir la serie de estos movimientos y para cerrarla. La memoria de la médula espinal tiene por resultado la persistencia en el estado automático de un movimiento habitualmente practicado.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducido por Ricardo Rubio.)

Crónicas de Arte y de Sociología

PARÍS

Inauguración de la estatua de Balzac.—Adaptación teatral de la Resurrección, de Tolstoi.—Monna Vanna, de Maeterlinck.—El problema del estilo, por Rémy de Gourmont.—El Joujou, de Bernstein.—La inevitable revolución, por un proscrito.

El día 24 de Noviembre se inauguró la estatua de Balzac, obra del difunto Falguière, escultor sensual y académico. Este triunfó del estupendo bloque artístico que Rodin consagrara al novelista francés. Son cuestiones añejas en París, donde el tiempo pasa velozmente, y ya nadie se ocupa en ello. Muy humano es el olvido.

Con motivo de esa ceremonia pueden hacerse algunas apreciaciones sobre Balzac, quien no es perfecto, ni con mucho, en su grandiosidad. Las generaciones, á medida que progresan, emiten su modo de ver respecto á quienes les han precedido, con el deseo de aquilatar sus méritos ó de librarse de sus defectos.

Nosotros no podemos admitir incondicionalmente á Balzac. En las obras de éste domina con exceso la impresión y la obsesión de lo extraordinario. Esto le indujo á cultivar argumentos de folletín, y los suyos, en realidad, son intrincados como verdadero dedalo. Ello perjudica á la humanidad de sus héroes, que se resienten también de su imaginación febrilizada. Léase, si no, la *Piel de zapa*.

En los grandes autores inmortales nótese que lo extraordinario, cuando en ellos aparece, se involucra en un sentimiento metafísico de la vida. Balzac es grandilocuente y carece de tal don, á pesar de que lo persigue, en *La investigación de lo absoluto*.

La inteligencia del autor de *Eugenia Grandet* era feudataria del teísmo y de muchas otras preocupaciones. Tenía vigoroso cerebro de genio, pero éste no se había pulido y se hallaba extraviado. Los espíritus libres no podrán nunca perdonarle la apología que, aun sin venir á cuento, hace repetidamente del catolicismo. De éste, Balzac ponderó á veces cosas absurdas.

¿Previó la cuestión social? Es muy dudoso. Pero no hemos de hacerle por ello ningún cargo. Chusco sería en nosotros que exigiéramos á un genio el don de profecía.

Cierto que muchos traidores personajes de Balzac, como *La prima Lisbeth*, son tan

grandes como los de Shakespeare. Pero éste es más espontáneo y más sano; Balzac recarga la nota y fuerza su imaginación, por lo que la acción de sus novelas oprime.

No puede negársele un raro poder de visión íntima de los individuos; pero su psicología, que no preparó con fisiología, es harto imaginada. Stendhal resulta más humano en este concepto, y su análisis es certero, y pudiera decirse que, gracias á él, inaugura la psicología con carácter científico.

A mí no me gusta el estilo de Balzac, por su profusión de imágenes y sus períodos extensos. El lector queda agobiado por su lectura, si se le permite la expresión. Y no alcanza á ver las cosas que el autor describe, por parafrasearlas con exceso. Y eso que la plástica descriptiva no era la menor dote de Balzac.

* * *

Bataille, con su adaptación de la *Resurrección*, de Tolstoi, ha puesto de manifiesto la limitación psicológica y la simplicidad literaria del novelista ruso, quien se aprovechó para su arte, del gran movimiento de la literatura francesa.

Un autor mediocre como Bataille no podrá nunca revestirse con las galas del genio, sin que exhiba su pequeñez. Y eso que, al día siguiente del estreno, la prensa ensalzó con ditirambos la bondad de su obra. En verdad que nada existe más curioso que el engendro de la superchería por los directores de la opinión. Pero éstos, de todos modos, no harán que el talento de Bataille vibre é infunda vigor dramático á los personajes tomados de la novela de Tolstoi.

No le disculpa siquiera aquel momento de luz en que la Maslowa se percató de que su corazón de mujer perdida nada tiene que ver con el de la inocente doncella que fué antes. Aquí llega Tolstoi á emular á Ibsen, casualmente.

Otro error de Bataille fué el de ofrecer el espectáculo de la miseria de modo grotesco.

* * *

En Mayo último se estrenó, con carácter íntimo, la *Monna Vanna*, de Maeterlinck. Asistí á la representación y, por un olvido que lamento, dejé de ocuparme de ella en LA REVISTA BLANCA. Mas ahora el drama del autor belga se ha dado al gran público en la Porte de Saint Martin, y, con tal motivo, voy á comunicar mi impresión á los lectores.

Florencia manda sitiar á Pisa por el general Prinzivalle, oriundo de Venecia. Este intimida de tal modo á sus enemigos, que el jefe de éstos, Colonna, consiente en que su mujer, Monna Vanna, acuda á la cita solicitada por Prinzivalle, para que éste desista de su propósito de invasión. El general de las huestes florentinas guarda en su alma, desde su niñez, el recuerdo ideal de Monna Vanna, y así lo declara con candor idílico á ésta, después de una escena de traición en que un emisario de Florencia atentó contra su vida. Prinzivalle es conducido luego á Colonna, por Vanna, después de su corta entrevista, y trágicas dudas hacen que el esposo de ella no comprenda la desinteresada magnanimidad del general de los florentinos; y lo hace encarcelar. Tal es el argumento, reducido á la ínfima expresión.

Parece que, con ese desenlace, quiere Maeterlinck demostrar que la verdad es una eterna esfinge y que, para vivir, basta á los hombres la mentira.

En esta obra, aunque no es perfecta, Maeterlinck se ha crecido. Nos ofrece una humanidad llena de heroísmo y de grandeza. Shakespeare se da allí la mano con Sófocles, en medio de un lirismo ultramoderno.

* * *

Un crítico de ésta observaba tiempo atrás, que hoy los escritores se preocupan mucho del estilo, por manera que se descubre una como reversión hacia un clasicismo saturado de renacimiento.

Propio de ilusos es menospreciar la forma literaria, pues sin ella no es posible dar realce á los sentimientos y á las ideas, que se hacen tanto más comprensivos cuanto mejor expresados están.

Los filósofos de ideas nuevas, como dice Rémy de Gourmont en su libro *Le problème du style*, que acaba de publicar la Sociedad del «Mercure de France», las aportaron con nueva forma: Platón, Aristóteles, Hobbes, Descartes, Pascal, Schopenhauer y Nietzsche, son grandes escritores y algunos de ellos grandes poetas.

El problema del estilo, como opina Gourmont, entraña suma importancia, como el arte y la civilización, y es insoluble en el sentido que quiere resolverlo Albalat, quien escribió una obra para enseñar, en veinte lecciones, el arte de escribir.

El estilo personal no se adquiere con la enseñanza, pues escribimos como sentimos y pensamos, es decir, con todo nuestro sér. La cuestión del estilo, como sigue expresando Gourmont, no corresponderá nunca á los gramáticos, en tanto éstos no se funden en nociones psico-fisiológicas.

El estilo es una especialización de la sensibilidad, y sólo puede relacionarse con las sensaciones, las visiones, las emociones y, en último caso, con las nociones. Estas, en su estado puro, representan las ideas, que no son cosa inmaterial, sino que envuelven una imagen que, asociándose al sentimiento, se hace utilizable.

El estilo depende de la memoria visual y de la facultad metafórica, combinándose, en variaciones diversas, con la memoria emitiva y con la influencia de los demás sentidos. Es muy recomendable, por la exactitud crítica, lo que Gourmont expresa en los capítulos *La fisiología y la invención de la mentalidad* y *El plagio, la imitación y la parodia*, que no comento por falta de espacio. La obra, en resumen, es digna de la casa que la ha editado y que tanto ha contribuido al avance de la moderna cultura.

*
**

El ateísmo es el principal fundamento de la emancipación humana. De ahí que los espíritus modernos rindan culto á los que con eficacia lo proclaman, como Kant, Schopenhauer y Nietzsche.

La importante casa editorial P. V. Stock acaba de publicar un libro que, sin ofrecer deliberado encumbramiento de ideas, conforma con la indicada tendencia: *L'inévitable révolution*, por un proscrito de Rusia.

Este escritor posee grandes cualidades de polemista, y, bajo este concepto, su obra vale mucho. La avaloran también los datos notables que aduce sobre gobiernos, leyes y costumbres para flagelar las iniquidades sociales á que han dado origen. Y el mayor mérito del libro consiste en su vulgarización de las ideas más emancipadoras, bajo el punto de vista político, económico y moral.

En el capítulo *La République Mondiale* niega la existencia de un Hacedor Supremo, pues un Dios perfecto sólo podría engendrar la perfección, y arguye para ello teorías evolucionistas y materialistas.

Sólo la idea de Dios infundió miedo al hombre primitivo. El Estado, como expresa en el segundo capítulo, es el complemento de esa idea y la consagración política de la desigualdad social, que se funda en la esclavitud económica de la mayoría por una minoría de bandidos y explotadores.

El ejército, expresa en el capítulo *Armée et Patriotisme*, ha sido siempre escuela de depravación y de asesinato. Cuanto al patriotismo, dice que son secuaces de él los aristócratas, clérigos y millonarios, que colocan en el extranjero la parte robada al trabajo nacional.

Combate también al cristianismo, religión de decadencia humana, que envuelve la maldición de la vida, menosprecia el trabajo y aborrece el amor natural. Es muy interesante lo que dice en apoyo de sus afirmaciones.

Fulmina también contra la magistratura y la ley, valiéndose de argumentos convincentes y de hechos vivos. La ley se hace odiosa y criminal, dice, cuando la sanciona el derecho de la recompensa y de castigo.

No vacilo en recomendar á los lectores este libro, especialmente á quienes no pueden procurarse muchos, necesitando de un compendio general y claro de ideas nuevas y revolucionarias. El proscrito, en *L'inévitable révolution*, consagra ocho capítulos á la cuestión política, tres á la cuestión económica y cuatro á los asuntos morales; hallándose también provisto de un compacto apéndice de datos históricos.

J. PÉREZ JORBA

9 Diciembre 1902.

CURIOSIDADES

Las sortijas consideradas como amuletos.—Hasta el siglo xvii duró la costumbre de ponerse sortijas en todos los dedos, y por consiguiente, hasta en el pulgar.

Este uso remóntase bastante lejos, pues en el Museo Británico se ve una momia con sortijas en sus dos pulgares.

Esas sortijas de oro ó plata, cuyo brillo estaba realzado por piedras preciosas, eran muy pesadas, si bien en la antigua Roma los elegantes tenían sortijas de invierno y sortijas de verano.

Más tarde, en la Edad Media, se engarzaban las sortijas con dientes de los animales que eran reputados como preservativos contra las enfermedades. Los dientes del tejón pasaban por proporcionar éxito en todas las empresas, mientras que los del lobo preservaban de los ataques imprevistos. Las palabras: Gaspar, Melchor y Baltasar grabadas en caracteres góticos en una sortija de plata, constituía un remedio infalible contra la epilepsia.

Pasaron ya aquellos tiempos y no deseamos que vuelvan. Preferimos un buen médico al valor curativo de la bisutería.

*
*
*

Los progresos de la ciencia en China.—La ciencia ha hecho progresos singulares en China. Un diario de Shanghai publica que en lugar de combatir el cólera morbo en Wen-Tchao por el medio excelente de la limpieza de los canales, acequias y alcantarillas, se han invertido millares de dollars en la construcción de un buque destinado á conducir los espíritus á tierras extrañas.

La ciencia allí aún se ve postergada á la superstición. *El mundo no marcha* en China.

*
*
*

La más grande avenida del mundo.—Está en el Japón. Entre las ciudades de Mamada y Nihol existe un paseo en línea recta que de un extremo á otro alcanza unos 82 kilómetros. Tiene ocho metros de ancho y está bordeado por dos hileras de criptógamos

(un árbol magnífico de la familia de los cipreses), cuyas ramas superiores tienen de alto de 40 á 45 metros y el tronco mide cuatro ó cinco metros de circunferencia.

Sus ramas, inclinadas hacia la tierra, y su follaje frondoso, en forma de punta de lanza, esparcen una sombra bienhechora sobre esa inmensa calle de árboles y hacen de aquel paseo del Japón otro camino del Eden paradisiaco.

••

Un templo de los aztecas.—Un arqueólogo americano, guiado por una inscripción encontrada en el Museo de México, ha descubierto en los alrededores de Yesca una vasta caverna que servía antiguamente de templo á los aztecas. Hay allí estatuas de piedra y un altar encima del cual arde una llama alimentada por un gas natural que sale de una excavación de la roca.

Todo parece indicar que aquella luz sagrada del antiguo culto arde desde hace muchos siglos sin apagarse nunca.

El americano ha intentado hacer transportar muchas de las reliquias á San Francisco, pero lo han impedido las autoridades mejicanas.

Me gustaría ver la cara que pondría, á ser posible, Hernán Cortés, al saber que, á pesar de ser el verdugo de aquel pueblo y de haber pretendido imponerles la religión cristiana, la llama de sus antiguos dioses continúa ardiendo.

••

Los tesoros de la tierra.—Tenía razón Kropotkin al decir que éramos ricos, inmensamente ricos.

Los estadistas estiman el valor de la corteza de la tierra en cuatrocientos mil millones de francos, y ¡atizal si son pesetas.

Descomponen esa fortuna de la siguiente forma: el oro, con una producción anual de cuarenta mil kilos, vale mil doscientos millones; la hulla ó carbón mineral, con setecientos cincuenta millones de toneladas, nueve mil millones. Se extrae anualmente por cada cuatro mil millones de hierro ó acero, dos mil millones de petróleo y un millón de diamantes y piedras preciosas. Los demás productos extraídos del subsuelo están evaluados en tres mil millones.

Con tantas riquezas hay más gente que se muere de hambre que los que revientan de hartos. Siendo los que se mueren de hambre, en medio de tantas riquezas, una inmensa, una colosal mayoría, hay para pensar si la humanidad está enferma de veras cuando no se decide por un remedio eficaz.

••

El trono de Salomón.—Un asunto curioso es objeto de conversaciones en los bazares de Calcuta.

Los indígenas declaran que el virrey, en el curso de sus pesquisas arqueológicas, ha descubierto el antiguo trono de Salomón, *del rey sabio*, y que su media majestad propone sentarse en dicho trono con motivo del próximo «Durbar» de la coronación. Los indígenas creen que el descubrimiento de ese mueble bíblico puede dar lugar á algún acontecimiento extraordinario de orden sobrenatural.

¡Qué vivo debe ser el virrey de la India inglesa!

••

Reclamo fin de siglo.—Acaba de fundarse en California una sociedad que tiene por fin proyectar en la superficie lunar anuncios gigantescos. Para llegar allí se habla de combinar los rayos X y el telégrafo sin hilos.

Decididamente los americanos llevan el reclamo al último límite.

LA DAMA GRIS.

FAMILIA;Y... FAMILIA



Original de J. Barrera.